
San Francisco de Paula

ermitaño y fundador de la Orden de los Mínimos.

por Fray Frank Dumois, OFM.

A principios del siglo XV vivía en Calabria (reino de Nápoles) un matrimonio cristiano que llevaba 45 años casados sin que Dios le concediera hijos.

Rogaban fervorosamente para lograrlos y prometieron a San Francisco que de tener un hijo le pondrían su nombre.

Al fin, en 1415 nació el hijo deseado, que, según la promesa, fue bautizado como Francisco.

Calabria ha sido siempre tierra de contacto entre las culturas latina y griega.

En los alrededores de Paula, donde había nacido, abundaban monjes benedictinos y frailes franciscanos y dominicos.

Sus padres lo criaron en la fe cristiana y el niño oraba con tal devoción que edificaba a la personas mayores. El Dios-amor ocupaba el lugar central en sus pensamientos.

Cuando el niño tenía un año su madre advirtió un tumor maligno en un ojo. Los tratamientos médicos no dieron resultado. Los padres recurrieron de nuevo a San Francisco con la promesa de que si curaba, le vestirían el hábito franciscano y estaría un año en un convento de la orden. La apostema fue decreciendo y a los pocos días desapareció.

Un día de invierno riguroso, rezando el rosario como solían, de rodillas y con la cabeza descubierta, la madre le sugirió que se cubriera. Pero él respondió respetuosamente: "Mamá, ¿qué te parecería si me vieras hablar con la reina de Nápoles con la cabeza cubierta? ¿No es verdad que es mucho más grande la Reina del cielo con la que hablamos ahora?" La madre asombrada y edificada, le dejó continuar.

En otra ocasión la madre le instaba a divertirse con otros niños. Francisco contestó: "Si quieres que vaya yo iré por darte gusto; pero mi único placer es estar siempre con Dios".



A los 13 años el santo tuvo una visión. Se le apareció un fraile franciscano que le dijo que ya era hora de que sus padres cumplieran la promesa de tenerlo un año en un convento de la orden. Francisco lo comunicó a sus padres que le llevaron al convento de San Marcos. En éste se comportó como un fraile modelo ejerciendo los oficios más humildes y penosos: la cocina, la enfermería, etc. Dedicaba cada día varias horas a la oración y obedecía prontamente los mandatos de los superiores.

Cuando sus ocupaciones le impedían la oración, oraba por la noche, con la convicción de que así como el cuerpo necesita alimento el alma necesita el suyo.

Al cumplir el año de su promesa regresó a Paula con su familia. Peregrina a Roma y Asís guiado por sus padres. Al regresar al hogar ya siente la vocación de ermitaño. Una oración interna, el trabajo manual y la penitencia llenan su vida. A los 14 años sus padres le dan permiso de retirarse a un lugar solitario, propiedad familiar, cerca de Paula.

Pero como las visitas eran frecuentes, buscó otro lugar más agreste y desierto en el que encontró una cueva. En ella estuvo cinco años, dedicado a la oración y a la penitencia. Dormía en el suelo y se alimentaba de frutos naturales; castigaba su cuerpo.

El demonio le tentó en forma de una bella muchacha que lo invitaba a pecar. Para vencer la tentación se arrojó en las aguas del torrente.

La noticia de su santa vida se extendió por la región y se le juntaron dos jóvenes. En el primer núcleo de una nueva orden: los mínimos. Levantaron una capilla y un sacerdote celebraba la Eucaristía y los sacramentos. Fueron creciendo los discípulos y en 1454 el arzobispo de Cosenza dio permiso para levantar un monasterio e iglesia. Tanto los nobles, hombres y mujeres, trabajaban personalmente cooperando con los obreros. En esa actividad sobresalió la humildad y bondad de Francisco de Paula, que incluso realizaba milagros que infundían fervor y confianza a todos los trabajadores.

El papa Sixto IV, franciscano conventual, emitió una bula en 1474, aprobando la creación del monasterio superior a

Francisco de Paula. Su vida era austerísima, obligándose con voto a observar una cuaresma continua. El nombre de mínimo obedecía a querer ser los últimos en la viña del Señor. En los años siguientes se multiplicaron las fundaciones. Una junto al golfo de Tarento, otra en Spezia (diócesis de Cosenza); tres años después, en Sicilia y vuelto a Calabria en Corigliano.

Francisco tenía también el don de profecía y predijo la toma de Otranto por los turcos (1480) y su reconquista por el rey de Nápoles. Como verdadero profeta no tenía reparo en reprender a los que se oponían a la voluntad de Dios y así reprendió al rey de Nápoles por su mala conducta, afrontando valientemente las persecuciones que esto le atrajo.

El rey de Francia, Luis XI se moría en su castillo a los sesenta años. “Sálvame”, clamaba a su médico a quien daba 10 mil escudos mensuales a cambio de una palabra esperanzadora. Cuarenta arqueros tenían orden de asaeitar a todo el que se presentase sin previo aviso.

Pero un día el rey pensó: “Dios puede más que los médicos”. Y desde entonces empezó a hacer novenas, a multiplicar las devociones, a prometer exvotos, a favorecer a las iglesias, a rodearse de reliquias milagrosas, y a buscar hombres que obraban maravillas. Tuvo muchas promesas de curación pero todas fracasaron.

Mas un día alguien le dijo: “Conozco a un taumaturgo a quien no se resiste ninguna enfermedad”. “¿Dónde está ese hombre prodigioso?, antes necesitamos saber si es un brujo o un santo”.

- “Es un santo –replicó el informador. Sus virtudes son admirables como sus obras: abstinencia inaudita, caridad seráfica, pobreza de anacoreta, bondad infantil, oración extática. Su vestido es una túnica miserable; su alimento hierbas crudas; su lecho una tabla. Una palabra repite con frecuencia: caridad. Un principio que repite: que hay dos cosas peligrosas para los siervos de Dios, los dineros y las mujeres”.

- “Basta –dijo el rey. Es preciso buscar a ese hombre. ¿Dónde vive?”.

- “En lo más apartado del reino de Nápoles, en un pueblo insignificante, llamado Paula. Sus padres le pusieron

Francisco, en recuerdo del santo de Asís, a quien se parece en la pobreza y en la penitencia”.

Al día siguiente los emisarios reales dejaban el castillo. Al entrar en Italia comprobaron la fama de santidad del penitente calabrés. En Nápoles les confirmaron lo que habían oído en Francia. Al fin lo hallaron en Consenza y le expusieron el objetivo de su viaje y él se puso a temblar. Hubo idas y venidas a Nápoles y a Roma hasta que una orden del papa Sixto IV decidió favorablemente la embajada.

Entre tanto Luis XI tenía ataques frecuentes; perdía el movimiento y el conocimiento, y temblaba ante su muerte antes de venir su salvador. Al fin llegó éste. Le recibió el delfín. Un grupo de cortesanos le trajeron una bandeja llena de vasos de plata y de oro que el santo rechazó.

Al ver a Francisco el rey se arrojó a sus pies. Con todo, quedó asombrado por la figura del santo; al que imaginaba pálido y demacrado. En cambio vio a un hombre de cuerpo atlético, cara llena, rosado y brillante. Aunque tenía setenta años aparecía fuerte. Con todo, su hábito remendado dejaba venir al austero penitente.

Francisco planteó abiertamente su posición. Dijo al rey sin embargo: “Señor yo pediré a Dios por vuestra salud; pero lo que más importa es la salud del alma”. La frase produjo estupor al rey. En los siguientes encuentros fue más explícito; diciéndole a Luis: “No hay remedios; ya que ama la vida, lo que importa es asegurar la posesión de la verdadera vida”. Estas palabras llenaron de paz al monarca, que empezaba a admirar y amar a su interlocutor: “Es un santo hombre – expresaba – que viva en mi castillo, que no le arranquen de mi lado”. Su médico afirmaba que su ciencia vencería aquella enfermedad. Sin embargo admiraba a aquel hombre vestido como un mendigo y con los pies descalzos. Cuando lo veía pasar decía: “Por ahí va ese buen hombre”.

Los acontecimientos dieron la razón a Francisco. Luís XI no recobró la salud, pero fue liberado del terror de la muerte y cuando ésta le llegó en el verano de 1483, la recibió valientemente, fortalecido espiritualmente por la palabra profunda y sincera de aquel santo analfabeto y que le hablaba con cruda sinceridad, tan escasa en las cortes que le rodeaban.

Con el ejemplo de su vida y su palabra inspirada, había logrado Francisco que el rey despejara su corazón de lo terreno, hiciera lo posible por reparar sus desórdenes anteriores, aceptando la muerte que tanto temía con admirable resignación cristiana. Después Francisco permaneció en Francia fundando conventos, bendiciendo cirios y rosarios para los devotos que lo solicitaban, haciendo milagros y organizando su orden, que se extendió por las provincias francesas.

Francisco tenía también el don de profecía y predijo la toma de Otranto por los turcos (1480) y su reconquista por el rey de Nápoles. Como verdadero profeta no tenía reparo en reprender a los que se oponían a la voluntad de Dios y así reprendió al rey de Nápoles por su mala conducta, afrontando valientemente las persecuciones que esto le atrajo.

En 1487, los Reyes Católicos Fernando e Isabel, tenían sitiada a los moros la ciudad de Málaga. Se enteró Francisco que los reyes pensaban abandonar el sitio y envió desde Tours a dos de sus religiosos que comunicaron a los reyes que se mantuvieran firmes, porque a los tres días Dios le entregaría la plaza, como así sucedió felizmente. Para agradecer ese beneficio, Fernando ordenó construir una iglesia con un convento dedicados a Nuestra Señora de la Victoria y los entregó a los mínimos.

El santo, que veía con gozo la difusión de la orden por Europa, pidió a Roma la aprobación de la Regla que había escrito. Ya el papa Sixto IV había aprobado la orden. Alejandro VI aprobó la Regla en 1493 otorgándole grandes elogios.

También Francisco de Paula fue el orientador y sostén de la desdichada reina Juana de Valois, fundadora de la Anunciadas y repudiada por su esposo Luis XIII, que quiso que se le anulara el matrimonio para casarse con otra. Al cardenal Julián de la Rívere le predijo que sería Papa y que le otorgaría la confirmación de su orden. Así sucedió pues dicho cardenal llegó a ocupar la sede de San Pedro con el nombre de Julio II y confirmó la Orden de los Mínimos.

El santo también establecía la Orden con una rama de mujeres y una Tercera Orden para los laicos.

En los últimos años de su vida, Francisco de Paula se entregó a un completo retiro y aumentó sus severísimas penitencias. El Domingo de Ramos de 1507 cogió fiebre y el Jueves Santo mandó reunir en capítulo a la comunidad, exhortando a todos al amor a Dios, el amor mutuo y a la observación fiel de las Reglas y especialmente de la vida cuaresmal, que muchos consideraban casi imposible de guardar. El santo tomó del brasero con la mano unos carbones encendidos, diciendo: “Así les hará Dios fácil el guardar la vida cuaresmal que algunos piensan insoportable”. Pidió perdón de sus faltas, abrazó a todos y fue a la iglesia, donde recibió el viático.

El Viernes Santo reunió de nuevo a la comunidad, exhortándolos de nuevo a la caridad, bendijo por última vez a sus hijos y con el crucifijo entres sus brazos oró: “En tus manos encomiendo mi espíritu, ¡oh amable Jesús, buen pastor, conserva a los justos, justifica a los pecadores, ten misericordia de los fieles difuntos, y sé propicio conmigo que soy indigno pecador”. Terminada esta oración, entregó su espíritu al Señor. Era el Viernes Santo, 2 de abril de 1507, a la misma hora de la muerte de Cristo, las 3 de la tarde.

Sus religiosos llevaron su cuerpo al templo, donde estuvo muchos días para la veneración de los fieles. Numerosísimos milagros rubricaron su santidad.

La fama de su santidad corrió como pólvora. Reyes, cardenales y obispos pidieron al Papa que recogiera testimonios de la vida, virtudes y milagros del siervo de Dios. Se iniciaron procesos en Francia y Calabria donde se escucharon 170 testimonios.

A los seis años de su muerte, en 1513, el papa León X lo beatificó y en 1519 le canonizó.

CONCLUSIÓN

Si hay hechos de vida de San Francisco de Paula que son más dignos de admiración que de imitación, sí podemos como él, hacer de Dios el centro de nuestra vida, orar fervorosamente e irradiar amor a todos los que entran en contacto con nosotros.

Fuente: PalabraNueva.net
